



VIII

El espíritu de las naciones, como el espíritu de los individuos, tiene sed insaciable de verdad, de justicia; y cuando no hay medios de apagar esa sed, el espíritu, como el árbol, como la flor, necesita del rocío, desfallece y muere. Por consiguiente, cuando vemos nuestra nación agonizar, cuando la vemos abatida, no culpemos, no, á su espíritu; culpémonos á nosotros mismos, hijos del siglo XIX, que en la esfera de nuestra vida nada hemos hecho por infundirle aliento con el soplo de una gran idea, y no creamos que nuestra patria está perdida sin remedio. No es dable encontrar un pueblo más idóneo para levantarse del abatimiento á la gloria. Cuando el pueblo español se encuentra perdido; cuando se cierran

todos los horizontes; cuando la noche se espesa y parece eterna; cuando todos le abandonan, y no queda más que su propio esfuerzo y el numen inagotable de su divino pensamiento; entonces, como si una nueva vida le poseyera, como si se multiplicara su espíritu, se levanta, recoge del polvo las rotas ramas, pelea y escribe las páginas más épicas de su brillante historia. Dígalo si no aquella tremenda catástrofe de Guadalete, en que perdió el suelo patrio, y entregado á la hambrienta voracidad de los bárbaros, bastó para salvarnos un rayo de esperanza; dígalo el siglo XIII, que vió, después de la época más triste que registran nuestros anales, alzarse transfigurado este pueblo, y salvar al mundo con la gigantesca hazaña de las Navas; dígalo el reinado de Isabel la Católica, que de aquellos bandidos que sembraban nuestros campos, hizo los héroes que plantaron el pabellón de la cruz en las moriscas almenas de Granada, y descubrieron una nueva creación oculta en el ignorado desierto de los mares; díganlo, por último, nuestro siglo, y nuestros padres, que tras el oprobioso reinado de Carlos IV, en que pa-

recía extinguido nuestro espíritu, y lo que es peor, nuestra dignidad, se levantaron, recordando sus antiguas glorias, abrieron las entrañas de la tierra para encontrar hierro, troncharon los árboles para cortar chuzos, y con esas armas vencieron las legiones del guerrero más portentoso de la historia, escribiendo con su sangre en el espacio los inmortales é indelebles recuerdos del Dos de Mayo y del sitio de Zaragoza.

.....

América, tan hermosa, tierra donde ha extremado su poder naturaleza, templo que el Creador ha adornado con todas las grandes maravillas para alojar en él una gran idea, América comprenderá lo que debe á la nación española y contribuirá á que los hijos de una misma hermosa madre, los llamados en uno y otro continente á un mismo destino, unan sus inteligencias y sus corazones para concurrir así al cumplimiento del plan de la Providencia, á la civilización de la especie humana.

(De un artículo titulado «La unión de España y América», escrito en el año 1859.)